

sabes que mi genio no es muy inclinado á dexar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esta satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia. Las ochocientas piezas del Gran Lope de Vega no le valieron la quarta parte de lo que te ha valido á tí el Conde de Saldaña.

FIN DEL LIBRO UNDECIMO.

AVEN-

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo; motivo y éxito de su viage.

Ya habia mas de un mes que todos los dias me repetia el Conde Duque esta cantinela: amigo Gil Blas, se vá llegando el tiempo en que quiero poner en acción tu talento, y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin quando ya estaba cansado de esperarle, y me dixo S. E.: he oido que en la compañía de comediantes que representa en Toledo, hay una comediante de singulares talentos, y primorosa habilidad; se dice que bayla y canta divinamente, tanto que eleva á quantos la oyen, y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de que se dexen ver en la Corte. El Rey gusta de comedias, música, y bayles, y tampoco le desagradan la hermosura. No me pareçe razon que S. M. carezca del

del placer de ver y oír á una muger tan rara. Por esto he resuelto que pases á Toledo, veas á esa actriz, procura tratarla, y tantees por tí mismo si es tanto como se pondera; yo me atenderé desde luego á la impresion que hiciere en tí, y enteramente me fiaré en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision, y desde luego me dispuse á partir acompañado de un lacayo, á quien hice dexar la librea del Ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto sin despertar los acechos de la curiosidad; precaucion que aplaudió y gustó mucho al Conde Duque mi señor. Tomé, pues, el camino de Toledo, donde me apeé en un meson inmediato al Alcazar. Aun no bien me había apeado quando el mesonero, teniéndome sin duda por algun hidalgo ó caballero de los contornos, me dijo: naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de Fé que se celebra mañana en Toledo. Yo que nada sabia de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi juego, y cortarle la gana de questionarme mas sobre el fin que me había llevado á aquella ciudad. Verá V. S. (prosiguió él) una de las mas bellas procesiones que jamas se han visto.

Con efecto, el dia siguiente antes de salir el sol comenzaron á tañerse todas las campanas de la ciudad, señal de que se daba principio al auto. Dexé luego la cama, fúme derecho á

leb

una

una de las calles por donde había de pasar la procesion, y subí á un tablado de los que de trecho en trecho se habían levantado para los que por su dinero quisieran ver con alguna mayor comodidad. Abrian la procesion los Reverendos Padres Dominicos, precedidos del estandarte de la Fe, ó pendon del Santo Tribunal. Tras de dichos Religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla formada en ellos por la parte anterior y posterior la Cruz de S. Andres de tela roxa, y todos con sus corozas en la cabeza con llamas pintadas los que han de ser condenados á la hoguera, y sin ellas á los que no son reos de pena capital.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, quando creí descubrir entre los encorizados sin llamas al Reverendo Padre Hilario y á su compañero Fr. Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude ya dudar de ello. ¡Qué es lo que estoy viendo! exclamé dentro de mí mismo, temblando de pies á cabeza. El Cielo se cansó de sufrir á estos malvados, y para salvar sus almas los entregó en manos de la Justicia, disponiendo que cayesen en las del recto y santo Tribunal de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte me sentí cubierto de un sudor frio, y tan sobresaltado, que faltó poco para desvanecerme y caer en tierra fuera de mí. Acordéme de que había sido cómplice de aquellos

bribones en la escandalosa, ímpia y loca aventura de Xelva: viniéronseme en aquel punto á la memoria todas las maldades que habia cometido en su compañía, y conocí el gran beneficio que me habia hecho Dios librándome del capotillo y de la corozca.

Luego que pasó la procesion, y el auto se concluyó me restituí al meson lleno de mil especies melancólicas que me agitaban y turbaban la fantasía; pero al cabo disipadas éstas insensiblemente volví todo mi pensamiento á desempeñar con acierto la comisión que me habia encargado el primer Ministro. Esperé con impaciencia la hora de la comedia, pareciéndome que éste era el primer paso que debia dar. Llegada que me fué me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un Caballero del hábito de Alcántara con quien entablé luego conversacion, y le dixé, ¿si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta? Caballero, me respondió cortesanamente, Vmd. es dueño de preguntarme lo que quisiere, y tendré á mucha fortuna el poderle servir en algo. He oido alabar mucho (proseguí yo) á estos comediantes de Toledo, y desearia saber qué hay en esto: diréle á Vmd. (me respondió el de Alcántara) la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles excelentes. Entre otros oirá Vmd. á la bella Lucrecia, niña de catorce años, que verdaderamente le aturdirá. No será menester que yo se la muestre á Vmd. quando se

dexe ver en el teatro. Ella sola por sí misma se dará á conocer. Volvíle á preguntar si representaria aquella noche. Sí, señor, me respondió, y la ha tocado un papel de mucho trabajo en la pieza que vamos á oír.

Dióse principio á la comedia. Saliéron dos comediantas adornadas con todo quanto las habia sugerido el capricho de las modas, y el hipo tan natural al sexô de llevarse todas las atenciones; pero ni sus diamantes, ni sus ricas galas, ni sus afectados movimientos me hicieron creer que fuese alguna de las dos la que yo esperaba. En fin dexóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y al punto fue anunciada su presencia con un ruidoso y general rumor de festivas, y no pasageras palmadas. ¡Oh! dixé entre mí: ¡qué garbo! ¡qué ayre tan noble! ¡qué bellos ojos! ¡qué graciosa! ¡qué admirable criatura! Con efecto ella sola me llenó, ó por mejor decir me arrebató toda el alma. Comenzó á recitar; ¡pero con qué naturalidad! ¡con qué fuego! ¡con qué modestísimo despejo! ¡con qué alma! ¡con qué comprehension de todo lo que decia muy superior á sus pocos años! de manera que sin violencia, antes bien con toda la razon y justicia del mundo, junté mis aplausos á los universales del auditorio, y los continué todo el tiempo que duró su representacion. Y bien, me dixo entonces el Caballero: ya vé Vmd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, le res-

pondí: pues menos se admiraría Vmd., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven como en otro tiempo hizo Ulises. No es menos temible quando bayla, sus pasos son tan peligrosos como su voz, y no hay ojos ni corazones que resistan. Segun eso, exclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portentoso. Se puede decir que en cierto modo es excusable el mortal que se quiere arruinar por ella. Ningun amante tiene, me replicó aquel señor, á lo menos que se sepa. Lo cierto es que la maledicencia no la ha descubierto hasta ahora el mas mínimo amoroso devanéó, aunque pudiera muy bien haber caído en él incautamente, por estar baxo el dominio de una tia suya, llamada Estela, que es la muger mas astuta de toda la compañía.

Al oír el nombre de Estela, pregunté no sin alguna precipitación al tal Caballero, si aquella Estela hacia algun papel. ¿Qué llama si hace algun papel? me replicó, hace uno de los mejores y mas principales; pero hoy no representa, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente que le desempeña con gran perfección. Representa con tanto desahogo, que acaso picará en demasía; pero este mismo defecto (si lo es) la cae muy en gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal

Es-

Estela, y por el retrato que me hizo no dudé fuese Laura, aquella misma que dexé en Granada, y de quien he hablado tanto en esta mi historia.

Para asegurarme mas fuíme derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes ví que se estaba calentando entre bastidores, y que la estaban obsequiando algunos Señores, quizá solo porque era tia de Lucrecia. Acerquéme á saludarla, y fuese por algun capricho ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, me recibió con grande frialdad, fingiendo no conocerme. En lugar de hacer burla y chacota de su seco recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me despedí con despecho y con enfado, resuelto en aquel primer movimiento de colera á restituirme á Madrid el dia siguiente. Por vengarme de esta simple (decia yo para conmigo) no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del Rey: para esto basta que haga á mi modo al Ministro el retrato de Lucrecia, no tengo mas que decirle que bayla con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le irá la gana de hacerla venir á la Corte.

Esta era toda la venganza que pensaba tomar del desayre que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente

guien-

guiente, quando me estaba disponiendo á partir, entró un lacayuelo en mi quarto, y sin conocerme me dixo: señor, traigo un billete para el señor de Santillana, sírvase Vmd. de decirme en qué quarto está alojado. En este mismo, le respondí, porque ese tal Santillana soy yo, y tomándole de la mano el papel le abrí, y hallé que contenia estas precisas palabras: *obvida el modo con que á noche te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guiará.* Seguí luego al lacayuelo, que me conduxo á una casa muy decente no distante del teatro, y me introduxo en un quarto alhajado con aséo y buen gusto, donde encontré á Laura peynándose en su tocador.

Luego que me sintió se levantó apresurada para darme un abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, conozco que Vmd. saldria á noche (y con mucha razon) poco satisfecho del mal recibí que le hice en el vestuario siendo conocidos antiguos; no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazón de malísimo humor, por haber oido ciertos discursos malignos que algunos de los señores cómicos hacian sobre la conducta de mi sobrina, cuyo honor me interesa mas que el mio. El precipitado y desabrído modo con que Vmd. se despidió me hizo abrir los ojos y conocer mi falta: en el mismo punto dí orden á mi lacayuelo que siguiese á Vmd., y observase su posada con ánimo de reparar hoy la ofensa que le hice ayer.

ayer. Ya queda (le dixé) enteramente reparada, querida Laura, y no se hable mas en la materia. Ahora tratémos únicamente de nuevas recíprocas aventuras despues que el pánico temor de un grave castigo me obligó á salir de Granada con aquella precipitación. Dexéte, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que tuviste necesidad de toda tu habilidad y de toda tu arte para hacer las paces con tu buen Portugues? Nada menos, respondió Laura, ¿pues no sabes que en semejantes lances la flaqueza de los hombres suele ahorrar á las mugeres hasta el facil trabajo de justificarse?

Proseguí en la misma forma que antes, sosteniendo al Marques de Marialva con toda resolución que eras verdaderamente hermano mio. Perdóneme Vmd., señor Santillana, la familiaridad y aun la llaneza con que le traté acordándome del tiempo antiguo, porque no es facil desnudarse de repente de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y con firmeza. ¿No conoce V. E. (le dixé) que todo este enredo es obra de los zelos y de la envidia? Narcisa, mi compañera, y mi rival, rabiosa de ver que poseo yo un corazon que ella habia contado ya por suyo, forjó todo este embuste. Coechó al atizador de candelas para que levantase la garrafalísima mentira de que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. La viuda de D. An-

tonio Coello nunca tuvo pensamientos tan bajos que creyese posible el caso de ponerse á servir á una comedianta. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de este cargo y de la conspiracion de mis acusadores es la misma precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dexaria sin duda bien confundida la calumnia, pero Narcisa con algun nuevo artificio le haria desaparecer, previniendo este vergonzoso lance.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no eran las mas concluyentes para formar una buena apologia en favor de mi inocencia, el Marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el docilísimo señor prosiguió amándome con igual fineza hasta que dexó á Granada y se volvió á Portugal. Su partida fue muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el maligno consuelo de verme perdér al amante que yo la habia quitado. Permanecí despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido disensiones (como freqüentemente sucede entre nosotros) se separaron los comediantes, agregándose unos á la compañía de Sevilla, y otros á la de Córdoba. Yo me vine á la de Toledo, donde ha diez años que resido cuidando de mi sobrina Lucrecia, á quien á noche oiste representar, puesto que asististe á la comedia.

No pude dexar de sonreirme quando la oí decir estas últimas palabras. ¿De qué te ries?

me

me preguntó ella. ¿Pues qué no lo adivinas? la respondí. Tú no tienes hermano ni hermana, y consiguientemente tampoco puedes tener sobrinos ni sobrinas. Ademas de eso quando cotexo el tiempo que há que nos separamos con la edad que puede tener Lucrecia, me parece que puede ser un poco mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á Vmd., señor Gil Blas, replicó la viuda, un si es no es sonrojada. Como Vmd. tiene tan presentes las épocas no es facil encaxarle gato por liebre. Ahora bien, amigo Gil Blas, Lucrecia es hija mia, y del Marques de Marialva, y el fruto de nuestro amor, porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vámos claros, repliqué yo, que es grande el sacrificio que me haces en confiarme este secreto, particularmente despues que me confiaste tus aventuras con aquel ecónomo del hospital de Zamora. Sea de esto lo que fuere, Lucrecia es una niña de tanto mérito que el público jamas podrá agradecer como debe el bellissimo regalo que le hiciste en ella quando la diste á luz. Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas.

Quién sabe si algun lector ladino al llegar aquí se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada quando era secretario del Marques de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al Marques la

TOMO IV.

KK

pa-

paternidad de Lucrecia; le protesto por mi honor que sería injusta su sospecha.

Después de darme Laura cuenta de sus aventuras, yo se la dí á ella de las mías hasta del estado actual de mis negocios. Oyóme con una atención que mostraba bien no ser para ella indiferentes las cosas que me tocaban. Amigo Santillana, me dixo luego que acabé mi relación, veo que estás haciendo una no pequeña ni poco afortunada figura en el teatro del mundo, y mi suma complacencia es muy superior á todos los esfuerzos de mi pobre explicación. Pienso trasladarme á Madrid con mi Lucrecia, para ver si la puedo introducir en el teatro del Príncipe, y espero que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes, la respondí: cuenta conmigo, y está segura de que la haré entrar en dicha compañía siempre y quando quieras. Esto es lo que te puedo ofrecer con toda seguridad, sin hacer alarde, ni mucho menos presumir de mi poder. Desde luego te cogería la palabra, replicó Laura, y mañana mismo partiría á Madrid si no me detuvieran en Toledo las obligaciones que tengo contraídas con esta compañía. Una orden del Rey, dixe yo, deshace facilmente todas esas obligaciones. Esta orden la recibirás antes de ocho dias, y yo me encargo de ella. Lucrecia es alhaja propia de Corte, tendré gran complacencia en robársela á los Toledanos.

A este tiempo entró Lucrecia en el quarto. Parecióme que veía entrar en él la misma Diosa. Hebé: tanta era su gentileza y su gracia. Acababa de levantarse de la cama, y brillaba tanto su hermosura natural, sin los auxilios del arte, que verdaderamente suspendía, y encantaba. Ven acá, sobrina, la dixo su madre, ven, y dá mil gracias á este señor por lo mucho que nos favorece, es un antiguo amigo mio que puede mucho en la Corte, y está empeñado en agregarnos á entrambas á la compañía del Príncipe. Mostró la niña no disgustarle este discurso: hizome una profunda reverencia, y me dixo con cierta hechicerísima risita. Doy á Vmd. muchas gracias por su noble y generosa intencion; pero caballero, quando Vmd. desea sacarme de un público que me favorece y me ama, estará bien seguro de que el de Madrid no me despreciará en vez de estimarme, porque á la verdad me sería muy sensible perder en el cambio. Muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores y actrices muy aplaudidos en una ciudad, y muy silvados en otra: y así no quisiera que Vmd. me expusiese al desprecio de la Corte, ni así mismo á que ésta le desayrase, riéndose de su mal gusto. Hermosa Lucrecia, la respondí yo: eso es lo que ni Vmd. ni yo debemos temer; antes bien lo único que yo temo es que Vmd. encienda una guerra civil entre los Grandes, inflamándolos á todos. El miedo de mi sobrina, interrumpió entonces Laura, me parecé mejor

fundado que el de Vmd. ; pero todo bien considerado ambos los tengo por vanos. Quando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza y un entendimiento lleno de viveza y penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con orden intimándolas que luego luego se transfiriesen á Madrid.

CAPITULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al Ministro; le encarga éste disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la Corte, y su primera representacion en el teatro.

Quando volví á Madrid encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viaje. Y bien, Santillana, me dixo, ¿viste á nuestra comedianta? Merece que se le haga venir á la Corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo, lo singular de las gentes, se quedó muy atras en celebrar la belleza de Lucrecia. Es un milagro de hermosura, y un prodigio de talentos. ¡Es

¡Es posible! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leía en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿Es posible (vuelvo á decir) que Lucrecia sea tan amable como me dices? Quando V. E. la vea, proseguí yo, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho de su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas puntual y menuda relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conte quanto pasó, encaxándole hasta la historia de Laura *inclusi-ve*. Dixe que Lucrecia era hija de Laura, y del Marques de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dixo: no sabes cuánto me alegro saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Así, pues, hazla venir quanto antes á la Corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana. Fuíme derecho á verme con Sotero, díxele que el Rey queria se despachase luego una orden, en que se expresase como S. M. habia tenido por bien recibir en la Real compañía cómi-